Globethics Repository



La fruta no sabe igual [The fruit does not taste the same]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Polit, Gabriela
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-04 21:08:36
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220262

Nueva Sociedad Nro. 129 Enero- Febrero 1994 , pp. 142-151

La fruta no sabe igual. Ancianos hispanos en Nueva York

Polit, Gabriela

Gabriela Polit: Licenciada ecuatoriana en Filosofía por la Universidad Católica de Quito; estudiante de la Maestría en Ciencias Políticas en la New School for Social Research, Nueva York.

Este artículo trata sobre la situación de los ancianos hispanos que viven al norte de la isla de Manhattan, Nueva York. Estas personas llegadas tras el sueño de mejorar su calidad de vida experimentan su vejez en una ciudad que se les aparece crecientemente como ajena. El choque entre sus valores, cultura y el medio norteamericano parece sentirse intensamente en la vejez cuando definir un sitio y una identidad en esta sociedad es más difícil. A esto se suma el deterioro de la situación económica y la repercusión que ésta tiene en la composición familiar*.

«La jerarquía, la posición, todos nuestros azares, restringen el campo visual del conocedor de hombres: para observarme, mi esclavo goza de facilidades totalmente distintas de las que tengo yo para observarlo; pero las suyas son tan limitadas como las mías». Marguerite Yourcenar, Memorias de Adriano.

La fruta de exportación tiene una apariencia perfecta, en forma y en color. Para lograr esta apariencia es sembrada y cultivada con procesos sofisticados. Se la cosecha antes de tiempo de tal manera que al llegar a destino la cáscara aún conserve intacto el color que la caracteriza; pero al ser cosechada prematuramente la fruta no tiene el sabor de la fruta madurada en la planta.

Lo que le sucede a la fruta sucede también en la vida de la gente: los hispanos que maduraron y envejecieron en esta ciudad viven su ancianidad en un ambiente que exacerba el desajuste entre sus creencias, sus valores, sus visiones del mundo y lo que ellos encarnan como ancianos. Esto hace que la vejez no sea únicamente solitaria, sino además desolada; debido a la dependencia que genera el débil estado de salud física o mental, no tiene para asirse sino los elementos de una sociedad en la que el ser anciano posee significados diferentes. Es notorio como esta gente enveje-

ce en una ciudad que, mucho más que antes, les resulta extraña, agresiva y enajenante, aunque ellos la describen con otros signos.

Integrados a la categoría de ancianos con una edad promedio inferior a la de blancos y negros, los hispanos representan el 4% del total de ancianos en este país[1]. En la última década la población de ancianos hispanos se triplicó, y si el índice de crecimiento continúa así, para finales de esta década los hispanos representarán la minoría con mayor número de ancianos.

Tanto la migración como sus actuales condiciones de vida responden a las motivaciones que tuvieron al momento de dejar sus países de origen y al contexto social, económico y cultural al que pertenecieron. La experiencia de estos individuos es heterogénea y varía de acuerdo a la zona donde residen. A pesar de que la mayoría salió de su país en busca de mayores oportunidades y mejoras en el nivel de vida, el precio del exilio voluntario parece ser más alto en la vejez, cuando por un lado ellos son los primeros en sentir el deterioro de la situación económica de este país, y por otro, aquello percibido como vejez en sus años de juventud no tiene ninguna posibilidad de correspondencia con la manera como ellos viven su propia senilidad.

Trabajar con los viejos hispanos del norte de Manhattan me brindó la posibilidad de operar sobre ciertas dudas que poblaron mi cabeza. Quise mirar la vejez desde cerca, comprender que no es una situación estática sino que en ella y desde ella los individuos también deben construir identidades; entender que esos lentos ritmos de vida requieren incluso ajustes físicos que la gente más joven no llega a comprender. Entre esos cuerpos débiles, aquellos rostros arrugados y yo, parecía haber sólo tiempo de por medio. Desde ese tiempo que en mi juventud lo siento mío y en el que me proyecto y sueño, decidí escribir sobre los ancianos, para quienes el tiempo es una imposición sobre los débiles cuerpos y sus frágiles mentes.

Al preguntarme sobre la vida de estos ancianos puse mi trabajo en el borde de la comprensión. Mi manera de mirarlos fue mi forma de interpretarlos, el lugar de mis preguntas y de mis respuestas estuvo guiado por mis recorridos por el barrio y las largas charlas que mantuve con ellos.

[1]C.M. Barresi y D.E. Stull: Ethnic Elderly and Long-Term Care, Springer Publishing Company, Nueva York, 1993.

La vejez

Norbert Elias explica la dificultad de identificarse con los ancianos porque ellos actualizan realidades que el mundo moderno se empeña en negar: la enfermedad y la muerte[2] . Elias describe, con la naturalidad de quien lo vive, la soledad del viejo y del moribundo, el aislamiento voluntario e involuntario al que los ancianos están sometidos y cómo la vejez es vivida cultural y socialmente.

La vejez es un fenómeno que sucede en la mente y en el cuerpo de cada uno[3] , y desde esa transformación física y mental los ancianos tienen que construir su lugar entre los demás. La búsqueda de nuevos espacios está construida por las relaciones que los ancianos mantienen con generaciones posteriores y por la manera como ellos están insertos en la sociedad. En países desarrollados, dice Elias, la sociedad restringe al anciano hacia ámbitos cada vez más reducidos. El modelo de familia nuclear no incluye la presencia de abuelos o gente mayor con quien se comparta la casa, actividades de fines de semana o en general la vida familiar.

En Nueva York, los ancianos tienen asignados horarios en las piscinas, precios especiales a ciertas funciones de los cines, tarifas reducidas y asientos convenientes en los medios de transporte público. Si bien todas estas ventajas están pensadas como servicios, desde el punto de vista de las nuevas generaciones, estos privilegios marcan una distancia que no solamente está expresada en modos de vida, sino en las formas de comunicación entre una generación y otra.

Para el anciano de la sociedad norteamericana la jubilación responde a una ética de descanso[4] , ética que es la continuación de una ética de trabajo y esfuerzo que motivó sus largos años de productividad. Esta ética del descanso hace que el retirarse del trabajo sea un retirarse de todo lo que representa un deber. La jubilación y el descanso son derechos adquiridos.

Los ancianos de sociedades desarrolladas son ciudadanos de la tercera edad. Para ellos la eficiente respuesta institucional a sus necesidades básicas es una fuente de seguridad muy importante. Con el dinero de su jubilación ellos aspiran tener acceso a buenos centros de cuidado y a seguro médico. Para muchos es muy importante el poder pasar los últimos años en un centro, donde sientan que la dependencia a la que su estado físico o mental los condena no es algo que perturbe la vida fami-

[2]Norbert Elias: The Loneliness of the dying, Basil Blackwell, Londres, 1985. [La soledad de los moribundos, FCE, México].
[3]Jennie Keith: *Old People as People*, Little Brown and Company, Boston, 1982.
[4]Rosina Becerra y David Shaw: *Tire Hispanic Elderly*, University Press oí America, 1984, p.23.

liar de sus hijos o nietos. Algunos de ellos manifiestan abiertamente preferir pasar sus últimos años en una institución donde tengan una condición igual a los del resto de ancianos[5], con un espacio propio y relativa independencia de acuerdo a su estado de salud. Por supuesto, las condiciones de los centros para ancianos varían según los barrios y las posibilidades económicas del anciano o de su familia.

Estas son las características generales de la vida de los ancianos en Nueva York, así se construye el ambiente y sitio donde se ubica a los viejos en esta ciudad. Esto contrasta mucho con el anciano hispano, para quien los valores de la vejez están constituidos por otros elementos. En sociedades donde la modernidad tiene los tintes de una experiencia híbrida[6], el papel de los ancianos es relevante dentro del ámbito familiar. La vejez, la muerte y la enfermedad están integradas a la cotidianidad; la estructura familiar es ampliada, los abuelos comparten el espacio con hijos y nietos. Los abuelos son la sabiduría viva de tradiciones y costumbres que la familia tiene que saber conservar. Los abuelos tienen un papel importante en la toma de decisiones y son quienes presiden cualquier rito que celebre la familia, sea este religioso o no. Esto no quiere decir que la situación del anciano en este tipo de sociedades sea mejor que la de las sociedades modernas; al estar tan directamente inmersos en la vida de la familia, los ancianos son también objeto de maltrato o discriminación por parte de las nuevas generaciones. Sin embargo, lo que resulta contrastante de su situación es que la seguridad está dada por los estrechos lazos de solidaridad que se guardan en la familia y en la sociedad en general.

En este tipo de sociedades no existe una ética del descanso entre los ancianos. Mas bien la falta de actividad representa una exclusión de las actividades familiares, situación a la que los ancianos temen. Existen responsabilidades a la que ellos responden y a través de las cuales se insertan en la vida familiar, como la crianza de los nietos y transmisión de tradiciones y valores. La seguridad de estos ancianos está dada por la reproducción de tradiciones, ritos y costumbres y esta reproducción es la confirmación de su permanencia imperecedera en el espacio familiar y en la sociedad.

El barrio

Como la tierra, Manhattan está compuesta por capas, cada grupo de migrantes ha dado a los barrios de la isla casas, formas, nombres en colores y lenguas distintos.

[5]Ancianas del Centro Isabella en una visita que hicieron al Saint Lukes 's Hospital en el mes de enero de 1993 en Nueva York.
[6]Al respecto v. Néstor Garda Canclini: *Culturas Hibridas. Estrategias para entrar y salir de La modernidad,* Editorial Grijalbo, México, 1991.

Si se cava en la composición de los barrios, de sus calles y esquinas uno encuentra historias y vidas muy diferentes. Nueva York ha sido una ciudad en continuo cambio y sus barrios, como las capas de tierra, esconden historias de pueblos enteros.

Washington Heights es un barrio que alrededor de los años 20 comenzó a poblarse de judíos e irlandeses y para finales de la Segunda Guerra Mundial ya estaba totalmente ocupado. Por estar ubicado al norte de la isla, comenzó su proceso de urbanización tardíamente. Sin embargo, cuando los rieles del metro empezaron a hilvanar subterráneamente a Manhattan, Washington Heights fue uno de los primeros sitios en gozar de este servicio. El estar dentro de la isla, la facilidad de transporte y el bajo costo de la vivienda hicieron de esta barrio el modelo ideal para la clase trabajadora en Nueva York. El prestigio, la comunidad y las facilidades de Washington Heights duraron hasta los años 80.

Durante los años 60 la población irlandesa desocupó prácticamente el barrio, y los judíos que permanecieron eran los primeros pobladores del barrio. Mientras para unos y otros el barrio constituía el lugar de donde querían salir después de unas o dos generaciones de haber vivido en él, para los hispanos Washington Heights se convirtió en el puerto de entrada a la ciudad[7]. La gran población dominicana, cubana y puertorriqueña que llegó a Nueva York se ubicó en el barrio cuando este aún conservaba las características que lo habían convertido en la vivienda aspirada por cualquier obrero. En la década de los 80 el barrio comenzó a cambiar.

Hoy en día la mayoría de los habitantes de Washington Heights es hispana, el grupo más grande es de dominicanos, seguidos por puertorriqueños, cubanos y en menor número gente de otros países de América del Sur. Los primeros inmigrantes hispanos que llegaron a Washington Heights ahora tienen más de sesenta años. Los recuerdos que estos ancianos tienen del barrio no tienen nada que ver con lo que ahora es el lugar. El norte de Manhattan tiene el índice de criminalidad más alto de la isla, es el mayor centro de distribución de droga y es considerado uno de los lugares más peligrosos dentro de Nueva York.

Al hacer su análisis sobre el norte de Manhattan, Ira Katznelson dice que: «Un barrio objetiviza significados. Sus condiciones recuerdan a sus habitantes si ellos son valorados o si no lo son, y encierra a gente que, como los choferes en las grandes carreteras, conducen a diferentes velocidades, sin tener manera de comunicarse y por lo tanto con poco entendimiento común para mantenerse fuera del alcance de

[7]Para más información sobre la historia del norte de Manhattan ver Ira Katznelson: *City Trenches,* Pantheon Books, Nueva York, 1981.

los otros en situaciones inesperadas»[8] . Así, Washington Heights para los ancianos hispanos que aun viven en él significa el desgaste material de sus ideales; es el contorno donde experimentan una vejez de abandono y desolación. Los significados que objetivizan el deterioro del barrio son los significados del deterioro de su propia vida.

Con el sueño americano como telón de fondo, dos motivos fundamentales tuvo esta gente para venir a Nueva York: la situación política inestable en el caso de los cubanos y la búsqueda de mejoras en la calidad de vida en el caso de la gente del resto de los países. Para ambos grupos, Washington Heights representó el modelo de prosperidad, paz y realización, en términos alcanzables, del ansiado sueño americano.

Ahora caminar por el barrio es ver condensada la decadencia de la ciudad: el tráfico de droga y el deterioro que conlleva esta actividad ilícita promueven en el barrio una violencia y una agresividad legitimizadas. Es en este ambiente donde los primeros migrantes hispanos han envejecido y donde otros están envejeciendo. El barrio sólo es parte de la escarcha que ahora cubre lo que antes fue el sueño de una vida mejor, en esa escarcha crecen hijos y nietos con el ideal de salir de un lugar hostil y difícil para vivir.

Ana, Dolores, Francisca y Clemente

Estas gentes quieren, sin duda, a su viejo. Les parece una reliquia de otra edad, un anciano fabuloso, y hay quienes creen en serio que está hecho de una materia sobrehumana, de un barro que no se desmoronará (...) No faltan quienes lo creen una especie de oráculo, y se aprenden de memoria todos sus consejos, como si la sabiduría del pasado hablara por sus labios[9].

Mis primeras visitas al barrio eran blancas, un sol resplandeciente casi no me permitía abrir los ojos. En las calles había carritos de madera vendiendo piñas, mangos y papayas, y en casi todas las esquinas grupos de niños y adolescentes jugaban con el agua que salía despavorida de los hidrantes abiertos. La arquitectura de los edificios guarda cierto orden y cierta homogeneidad que no hay en la gente. Algunos edificios, sin embargo, parecen prevenir la entrada por el deterioro de sus puertas, por sus ventanas que dan a la calle y por la gente que está en sus portales.

[8] ibid, p. 107, (la traducción es mía).
[9] Angel Felisícimo Rojas. El exodo de Yangama, Publicaciones Educativas Ariel, Ecuador.

Las coronas de flores por las personas que mueren en las esquinas no dejaron de llamar mi atención en todo el recorrido por el barrio.

En estas calles están las casas de los ancianos con los que hablé. El interior de algunos departamentos no estaba tan deteriorado y tenía mejor aspecto que la vivienda de cualquier trabajador en Latinoamérica. No era el deterioro material lo que daba un aspecto melancólico a estas casas, sino la atmósfera de abandono.

«Don Dolores, buenas tardes», le dije cuando entré; el viejo desde su cama me contestó gravemente «Si fuera rico, le permitiría llamarme Don, llámeme Dolores». Dolores - le dije acercándome a su oído porque gritar me parecía una manera de maltratarlo -: ¿Cuántos hermanos vinieron con usted? «Uno, vino antes que yo», dijo levantando sus ojos, me di cuenta de que el viejo sordo agradecía el gesto. No escuchaba pero percibía con desencanto la impaciencia con que la señora que lo cuidaba se fruncía y gritaba para que él pudiera escuchar. Su sordera parecía ser una manera voluntaria de aislarse de la vida cotidiana. Detrás de la sordera se escondían recuerdos e historias.

Los recuerdos que le venían a la memoria con mayor precisión era los de su vida en Puerto Rico, costumbres y hábitos que en la actualidad están desvaneciéndose. A pesar de haber trabajado más tiempo en Nueva York como obrero no habló de sus años en la fábrica. «Mi profesión es la agricultura, dijo, en eso nací y crecí como mi padre. El fue un hombre fuerte y muy trabajador. Ahí lo tiene, en la foto». Miré en el espaldar de su cama una foto terminada a pincelazos de colores pasteles, en donde estaban su padre y su madre. «El murió trabajando. No como yo que llevo 15 años de retirado y dos de estar postrado en esta cama».

Dolores vive con su hija. Ella y su hijo político trabajan, los chicos van a la escuela y él la pasa solo en el departamento. La señora que lo cuida es una persona asignada por el Seguro Social para atenderlo en casa. «La vejez me tomó de sorpresa, yo siempre fui un hombre activo, iba a mi país todos los años a visitar a mi familia, ahora los años no me dejan».

Para ambos grupos, Washington Heights representó el modelo de prosperidad, paz y realización, en términos alcanzables, del ansiado sueño americano

Dolores estaba casi postrado en su cama, los males que lo achacaban eran una creciente embolia cerebral que paralizó el lado derecho de su cuerpo, artritis y una tendencia a hincharse que tenía relación con su falta de movimiento. La habitación

donde estaba tenía un inodoro portátil y un sillón reclinable donde eventualmente se sentaba, para cambiar de posición, según me contó. Dolores era muy lento al hablar y sus 68 años parecían noventa. El recibió mi visita con un regocijo que ni su cuerpo ni su cara le permitían expresar; mi visita parecía ser todo un acontecimiento.

Esperanza era más desenvuelta al hablar. Ella era una mujer dominicana, tres veces viuda y con seis hijos. Todos sus hijos los tuvo en el primer matrimonio y sólo dos de ellos residen aquí. Ella vive en un Centro para Ancianos. Tiene un cuarto con las fotos de los tres maridos y de todos los hijos y nietos. Durante el día va a la casa de su hija donde se queda cuidando los nietos hasta la noche, cuando la madre de los niños regresa y ella vuelve para dormir en el Centro. Su salud todavía le permite regresar cada año a su país. «Yo sí quisiera regresar para quedarme, pero no tengo dónde vivir, mis hijos todos están en la ciudad (Santo Domingo), y de mis hermanos sólo queda uno vivo y está muy enfermo». Esperanza viene de un pueblito del interior de República Dominicana y en Nueva York fue costurera en una fábrica de ropa; tiene 72 años y se jubiló hace ocho. También me habló de su familia en el campo, en el interior de su país; me habló orgullosamente de su madre y de sus hermanas que nunca tuvieron que salir a trabajar, como ella. «Pero yo sólo trabajé en este país, porque en el mío hacía lo que han hecho mis hermanas toda su vida».

Esperanza llegó a este país hace treinta años, vino con su esposo y sus hijos, dos de los cuales viven aquí y cuatro regresaron a trabajar en el campo en República Dominicana. La vida en el Centro de Ancianos no le resulta desagradable porque el día completo lo pasa donde su hija, y cuando está cansada o se siente débil puede quedarse en el centro. «Yo prefiero salir, sabe, aquí me veo con mis amigas que viven cerca». Esperanza me comentó que no todos en el Centro hablaban español y que eso a veces le hace sentir incómoda, a pesar del largo tiempo que vive en este país nunca aprendió a hablar inglés. Además, el trato que les dan en el centro es impersonal y la comida, «está hecha para enfermos, dijo, en cambio yo aquí cocino la comida que me gusta». Cuando le pregunté a Doña Esperanza qué prefería comer me contestó entusiasmada: «Yo hago sancocho una vez a la semana, como plátano, frijoles y yuca casi todos los días, pero lo que no puedo comer aquí son los mangos y la lechoza. En el pueblo donde yo crecí el mango y la lechoza se daban todo el año, nosotros los comíamos a diario, pero en este país la fruta no sabe igual...»

«La vejez es una terrible enfermedad» dijo Ana cuando terminábamos de conversar. «Todo le duele a uno, las piernas, los brazos, la espalda; y lo más triste de todo

es la soledad». Ana no podía contener las lágrimas cada vez que hablaba de su tierra y de sus hermanos, todos mayores que ella. Ana tiene 70 años y vive sola en un departamento pequeño. Me contó que todos sus hijos y nietos viven en este país y que continuamente la llaman y la visitan. «Si yo pudiera, yo regresaría a mi país. Usted no sabe el dolor inmenso que da el saber que la gente de uno se está acabando allá, y esa sensación de que uno más nunca los volverá a ver es muy triste». El día que fui a casa de Ana era uno de esos insoportables días de verano en los que uno siente que puede derretirse de calor. La casa de Ana, siendo confortable, tenía muy poca ventilación, y ella estaba sentada en una silla baja con el ventilador dándole en la cara. «Este calor es peor que el de mi país», me dijo mientras me ofrecía asiento y movía el ventilador para que nos refrescara a las dos. Ana es también de República Dominicana y trabajó por más de 25 años como operaria en una fábrica de costura. «El trabajo en la factoría era muy duro. Estar sentada tantas horas al día frente a la máquina me destrozó la espalda, y ahora el Medicaid[10] no me paga por los analgésicos que me recomendó el doctor».

Me contó que a pesar de ver a sus hijos y nietos continuamente la vida no era igual. «Todos están tan ocupados y muchos de ellos viven en New Jersey, usted sabe que estando tan lejos es difícil venir hasta acá. Imagínese que la semana pasada que mi hijo salió de aquí como a las 12 porque él trabaja en el turno de la noche en la factoría, al llegar a su casa allá por Queens, le metieron una paliza que casi le rompen los huesos; eso hasta le quita a uno las ganas de que lo visiten». Hablaba con cierta arrogancia acerca de su vida en este país, donde ella ha salido adelante sola, pero cada vez que mencionaba su soledad, se ponía triste. «Mis nietos no conocen mi tierra, ellos ya son americanos»; «los menores ya ni hablan bien el español», me dijo seria.

Hablando del barrio, Clemente me comentaba que prefería no salir de la casa. «No es que lo matan a uno, es que hay gente disparando y a mí me asusta que me llegue una bala perdida, eso ha pasado ya muchas veces». Clemente ha vivido en el barrio por treinta años, me habló del barrio como un sueño que ha perdido brillo, algo propio que se ha convertido en ajeno de tanto ser manoseado. Clemente trabajó de mozo en un restaurante, vino de Puerto Rico hace más de treinta años. Enviudó en Nueva York y se volvió a casar con otra señora puertorriqueña. Vive con su esposa y el hijo de su esposa, que sufre de una enfermedad deformante. Mientras charlábamos su esposa me veía con extrañeza y su hijastro aprovechaba cada vez que el viejo se daba la vuelta para darme quejas de él. Clemente me hablaba con or-

[10] Medicaid es el sistema de seguro médico a través del cual las medicinas se consiguen a precios muy baratos o gratuitamente.

gullo de un gato obeso que se recostó en la alfombra mientras los dos charlábamos. Me dijo que provenía de una familia que poseía muchas tierras en Puerto Rico, que él las vendió para venir a trabajar en este país. «Ahora me arrepiento, fíjese usted la vida que llevo aquí, si no fuera por la vecina que me ayuda a cuidar a mi mujer no sé qué haría. Yo tengo que comprar la comida, cocinar y atender la casa, a veces pienso que la tristeza y el cansancio van a terminar conmigo antes que con mi mujer».

Clemente se quejó del clima y del barrio, me dijo que su casita frente a la playa en Puerto Rico no tenía nada que ver con el sitio donde ahora vivía. «Aunque yo le voy a decir una cosa, este barrio fue muy lindo. Había cómo salir a cualquier hora y caminar por cualquier calle. Ahora con esto de la droga ya no hay seguridad ni dentro ni fuera de la casa de uno. La hija mía murió de sida hace 5 años, para mí que todo es por esto de la droga». Cuando hablamos de su país él me dijo: «Ya no puedo volver, allá ya no tengo nada, y lo poco que tengo, lo tengo aquí».

Los viejos hispanos en Nueva York

«...a la edad, sin embargo, le pertenece una apropiada ocupación senil, esa de ver hacia atrás, de hacer un reconocimiento, de saldar cuentas, de buscar consuelo recordando lo que fue...»[11]

Hay un deterioro común en la vida de esta gente, un deterioro que no es solamente el que se ve en las calles y en los edificios del barrio. Es la realización de un sueño muy costoso: vivir en este país. La memoria y la imaginación de estos ancianos se reencuentran en su pasado, en la tierra dejada, en el sitio que no ocupan dentro de su familia y en el bienestar idealizado de una vejez tranquila.

Lo que más me impresionó es la forma cómo al hablarme de sí mismos, todos regresaban a su tierra, a los oficios que desempeñaron, al sitio que ocuparon en la sociedad e incluso a las posesiones que tuvieron. Su residencia en Nueva York parece ser una suerte de fatalidad, están atados a ella porque no existen posibilidades de regresar a su país. Sin trabajo con familias descompuestas por presiones económicas, por una situación social desventajosa, la ciudad de los sueños se convirtió en un ser ajeno y extraño. Lo único que parece darles una sensación de permanencia o de pertenencia son sus pueblos de origen y los recuerdos de lo que fueron antes de llegar aquí.

[11] Nietzsche: *Untimely Meditutions,* Cambridge University Press, 1991, p. 101 (traducción mía).

Mis preguntas se quedaron donde comenzaban sus recuerdos, donde yo percibí que la soledad del anciano de la que habla Elias se mezclaba con la desolación de sentirse ajeno. Posiblemente sus hijos no sentirán con la misma fuerza el apego a la tierra y las costumbres porque tendrán la suficiente dosis de olvido por una vida más intensa y más larga en este país, y posiblemente los hijos de sus hijos ya no conozcan ni la tierra ni las costumbres de sus abuelos. Entonces ésta será la única generación de migrantes que construya su vejez en un marco tan frágil donde el pasado y el presente dan la sensación de desolación.

Los recuerdos del pasado dan forma a su presente. La vejez de esta gente que añora su tierra y que en el país de sus sueños se sienten más extraños que antes, es algo más que solitaria. Cada vez que me acercaba más a su realidad, recordaba lo que Ana me había dicho cuando me habló de la comida en este país, aquí la fruta no sabe igual...

*Parte de este trabajo fue hecho en base a entrevistas personales y observaciones en el barrio de Washington Heights, (Manhattan) ciudad de Nueva York, entre los meses de enero y julio de 1993. Quiero agradecer, por tanto, a las personas que se prestaron a dialogar conmigo.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 129, Enero- Febrero de 1994, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**